

## Por qué Rodolfo Walsh no ha desaparecido

Pienso en Rodolfo Walsh, a casi cuatro años de que la junta militar argentina se lo llevó para matarlo. Fue el 24 de marzo de 1977. Todavía no ha vuelto. Hemos oído alguna vez, de quienes nada tienen que ver con la vida, que Walsh no volverá, que Walsh ha muerto.

Y al recuerdo nos vienen los versos de un hermano de Walsh que aún no ha muerto.

**Yo volveré yo volveré  
no a llevarte la paz sino el ojo del lince  
el olfato del podenco  
y luego nos iremos a la guerra de verdad  
todos juntos**

Era hermano de Walsh que todos conocemos: Roque Dalton. Y Roque es como si nos gritara siempre: ¡Porque Rodolfo Walsh no ha desaparecido!

Y lo mismo nos grita cada hombre que muere en Argentina o en Chile o en Bolivia, El Salvador, Guatemala, Uruguay, Honduras... Así exclaman los torturados, los desaparecidos y los asesinados.

Porque Rodolfo Walsh está presente, como están con nosotros Roque Dalton y Conti y también Paco Urondo. Porque los muertos como ellos no se callan jamás, nunca claudican.

Porque por cada línea, cada palabra, porque por cada letra que escribiera Rodolfo se le quita una máscara más al asesino; al lacayo del régimen y al cómplice del crimen; al que con su silencio participa en la muerte o en el "oscuro día de justicia".

Walsh escribió: "Cuando llegó ese oscuro día de justicia, el pueblo entero despertó sin ser llamado. Los ciento treinta pupilos del Colegio se lavaron las caras, vistieron los trajes azules del domingo y formaron filas con la rapidez y el orden de una maniobra militar que fuera al mismo tiempo una jubilosa ceremonia: porque nada debía interponerse entre ellos y la ruina del celador..."

Cuando la vieja luz haya huido para siempre, como lo decía el gran escritor y revolucionario argentino, entonces, quizá no tendrá tiempo de nacer la última víctima de la guerra. Mientras, es posible que el último muerto de las guerras napoleónicas no haya nacido todavía.

"Pero hay más. Las armas no se hacen solamente para el sol y el triunfo. Se hacen también para la derrota, la fuga, la noche en la zanja llena de barro, para el sueño con el agua hasta el cuello. ¿Qué puede importarnos una gota de agua? El agua es un prejuicio popular. Las últimas granadas que hicieron los alemanes cuando sus fábricas ya no

producían acero, eran de explosivo puro, de napolit sin más protección que una capa de pintura. ¿Cree que eso las apartó de la idea fija que lleva adentro cualquier granada, por mediocre y falta de inspiración que sea, que eso las desvió del propósito central que las anima, que es estallar? No, sobreviviendo cuando todo se derrumbaba, en la intemperie de la desbandada, en el barro amasado por las botas de la huida, bajo los escombros, entre las raíces. Meses, años. De tanto en tanto todavía les hiere la reja de un arado y se liberan en un solo relámpago. Nunca se sabe, hijo mío, cuándo termina una guerra..."

De la guerra hitleriana es continuación la metralla de los militares que gobiernan la América Latina: fiesta a oscuras, alegría fanática con la muerte, es el goce de los uniformados; de los secuestros, de los asesinatos, de las torturas, de las granadas que estallan en la cara del pueblo, del maridaje con la muerte en fin, tienen certificados los asesinos.

En Argentina dio principio una nueva guerra hace ya cinco años. Una de sus víctimas fue Rodolfo Walsh. También Rodolfo fue uno de sus primeros denunciantes, uno de sus primeros opositores. No es gratuito que hace poco tiempo, Lucas en los avatares de su patriotismo, dijera: "Del país me queda un olor de acequias mendocinas, los álamos de Uspallata, el violeta profundo del cerro de Velasco en La Rioja, las estrellas chaqueñas en Pampa de Guanacos yendo de Salta a Misiones en un tren del año cuarenta y dos, un caballo que monté en Saladillo, el sabor del Cinzano con ginebra Gordon en el Boston de Florida, el olor ligeramente alérgico de las plateas del Colón, el superpúlmán del Luna Park con Carlos Beulchi y Mario Díaz, algunas lecherías de la madrugada, la fealdad de la plaza Once, la lectura de Sur en los años dulcemente ingenuos, las ediciones a cincuenta centavos de Claridad con Roberto Arlt y Castel-nouvo, y también algunos patios, claro, y sombras que me callo, y muertos". (Un tal Lucas. Julio Cortázar).

Cumplirá cuatro años de desaparecido o de ensombrecido o de muerto, Rodolfo, en este mes que fue en aquel setenta y siete duro, despiadadamente absurdo, esencialmente asesino.

Pero, porque Rodolfo Walsh no ha desaparecido es que escribimos estas líneas. Y ¿cómo habría de ser ocultado!, ¿cómo hubieran podido los militares argentinos hacer silencio o vacío la vida del escritor! Imposible.

Juan DOMINGO ARGUELLES

Todo silencio es angustioso. Todo silencio esta-lla.

En la zanja llena de barro, en eterna derrota y en interminable fuga, enterrarán sus botas los militares. Una noche de miedo y de vacío, los acompañará toda la muerte. Porque no tienen vida y están ausentes de recuerdo y porque no tienen nada en absoluto y porque lo que olvido.

Sabemos que Walsh está con vida.

Abrimos uno de sus libros y lo vemos. Sus palabras tienen más fuerza que la explosión de una granada.

Rodolfo Walsh escribe. Pone el acento en la palabra relámpago.

Se le vio caminar "por una calle larga". "Se le vio caminando entre fusiles". Una ciudad oscura: Buenos Aires. Una ciudad sin viento y sin sonido.

Denunciará los crímenes del régimen que se alimenta de gritos. Rodolfo Walsh, sabe que los denunciará, que nada podrá evitar que diga todo cuanto es cierto. Está caminando y sabe que no hay lugar para el silencio.

Un automóvil lo intercepta. Como en las novelas policíacas que él tenía en gran estima, los asesinos —los lacayos de los lacayos, los verdugos de los verdugos— le salen al paso al designado en turno, al que habrá hablado demasiado, a él, Rodolfo Walsh, a él que no es solamente Rodolfo Walsh, a él que es la conciencia del pueblo argentino.

El forcejeo. La descarga del golpe, de los golpes. El secuestro. El automóvil que enfila por una calle larga y negra, y se pierde hasta no verse más.

Pienso en Rodolfo, adentro del automóvil. No el temor. No la resignación tampoco. Menos el miedo sordo o el arrepentimiento. La ira, solamente; sólo el más alto anhelo de la vida para todos.

Uno de los verdugos le apunta con el arma, sin más palabras. Porque los asesinos no tienen más palabras que las armas. Oigo decir a Walsh: "¿Sabes lo que tengo ganas de hacer? Tirarte la granada por la cabeza. ¿Y sabes lo que lamento? Que vas a disparar. ¿Y sabes lo que lamento más todavía? Que no sea una bomba atómica de esas que revientan todo desde acá hasta Europa".

No sabemos más de la historia. Hasta aquí conocemos. Por eso decimos que Walsh no ha muerto. Porque en su más hondo anhelo sigue pronunciando su deseo. Y algún día, la granada de Walsh, la granada que es Walsh estallará en las manos de sus captores. No lo olviden. ■